

Kallocaína

KARIN BOYE

TRADUCCIÓN DE
CARMEN MONTES CANO



Título original:

Kallokain

Primera edición: enero 2012

Segunda edición: octubre 2023

First published in 1940

© 2023 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2012 de la traducción: Carmen Montes Cano

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-25-2

Impreso en España

Depósito legal: M-18990-2023

Kallocaína

Muchos hallarán absurdo el libro que me dispongo a escribir —si es que me atreviera a pensar que serán «muchos» quienes lo lean—, puesto que abordo el trabajo por iniciativa propia, sin obedecer órdenes de nadie, y, aun así, no tengo del todo claro cuál es la intención. Quiero y debo escribirlo, eso es todo. Con frecuencia cada vez más inexorable preguntan por las intenciones y el método de lo que se hace y se dice, de modo que no quede ni una sola palabra al azar, pero el autor de este libro se ha visto forzado a tomar el camino contrario, hacia lo que no tiene razón de ser. Pues, aunque los años que llevo aquí como prisionero y como químico —serán más de veinte, calculo— han sido años de sobra llenos de trabajo y de premuras, existe una fuerza que, sin duda, opina que no es suficiente, una fuerza que me ha ido guiando y que ha descubierto en mí otro trabajo, uno que yo no tenía la menor posibilidad de descubrir, a pesar de tener en ello un interés profundo y casi doloroso. Ese trabajo estará cumplido cuando haya terminado el libro. Ni que decir tiene que soy consciente de lo ilógicos que mis polémicos escritos deben de resultarle al pensamiento racional y pragmático y, aun así, escribo.

Puede que antes no me hubiera atrevido. Puede que haya sido la cautividad, precisamente, lo que ha hecho de mí un ser frívolo. La diferencia entre mis condiciones de vida actuales y las que disfrutaba como hombre libre es insignificante. La comida resultó ser apenas un tanto peor. A eso se acostumbra uno. El catre resultó ser solo un poco más duro que la cama que tenía en casa, en la Ciudad de la Química número 4. A eso se acostumbra uno. Salía algo menos al aire libre. A eso también se acostumbra uno. Lo peor fue la separación de mi mujer y de mis hijos, sobre todo porque nada sabía ni sé de su destino. Ese hecho

llenó de angustia y de desasosiego mis primeros años en cautividad. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, empecé a sentirme más tranquilo que antes e incluso a encontrarme cada vez más a gusto con mi existencia. Aquí no tenía nada por lo que angustiarme. No tenía ni subordinados ni jefes, a excepción de los vigilantes de la prisión, que rara vez entorpecían mi trabajo y que solo se preocupaban de que observara las normas destinadas a mantener el orden. No tenía ni protectores ni competidores. Los científicos con los que a veces me reunían para que pudiera seguir los avances en el campo de la química me trataban con distante cortesía no exenta de algo similar al desprecio, a causa de mi nacionalidad extranjera. Sabía que nadie se creía con motivos para envidiarme. Sucintamente: en cierto modo, podía sentirme más libre que estando en libertad. Pero al mismo tiempo que mi serenidad, crecía también en mi interior esa extraña reelaboración del pasado, y no conoceré el sosiego hasta haber plasmado por escrito los recuerdos de cierta época sustancial de mi vida. La posibilidad de escribir me viene dada en razón de mi labor científica y, hasta que no entregue el trabajo concluido, no ejercerán ningún control. Es decir, puedo permitirme este único placer, aunque resultara ser el último posible.

En la época en la que empieza mi relato, yo rondaba los cuarenta. Y si es preciso que me presente, quizá pueda explicar qué imagen tenía yo de la vida. Poco hay que diga más de una persona que la imagen que tiene de la vida: si la ve como un camino, como un campo de batalla, como un árbol en crecimiento o como un mar rumoroso. Yo, por ejemplo, la veía con los ojos de un dócil escolar, como una escalera por la que uno se apresuraba cuanto podía entre rellano y rellano, jadeando y con el contrincante en los talones. En rigor, no tenía muchos contrincantes. La mayoría

de mis colegas del laboratorio habían cifrado sus ansias de gloria en lo militar y consideraban el trabajo diario como una interrupción tediosa aunque necesaria de los servicios militares vespertinos. En mi caso, no se me habría ocurrido confesarle a ninguno de ellos cuánto más me interesaban mis experimentos químicos que el servicio militar, aunque no pudiera decirse que fuera mal soldado. Comoquiera que sea, yo me desvivía por subir mi escalera a toda velocidad. Cuántos peldaños debía dejar atrás era algo en lo que jamás había reparado, como tampoco en qué maravillas pudiera haber en el desván. Quizá, de forma un tanto nebulosa, me imaginaba la casa de la vida como una de nuestras casas urbanas normales y corrientes, donde uno iba ascendiendo desde las entrañas de la tierra hasta que llegaba por fin a la azotea, al aire libre, a la brisa y a la luz del día. Tampoco tenía claro a qué corresponderían la brisa y la luz del día en mi peregrinaje por la vida. Lo único cierto era que cada nuevo rellano venía caracterizado por breves mensajes oficiales de una esfera superior: un examen aprobado, una prueba superada, el traslado a un campo de actividad más significativo.

De hecho, yo tenía a mis espaldas toda una serie de esa clase de puntos iniciales y finales, aunque no tantos como para que uno más perdiese importancia. De ahí que volviera con un amago de fiebre en la sangre tras la breve llamada telefónica por la que me comunicaron que al día siguiente recibiría la visita de mi jefe de control y que, por tanto, podría empezar a experimentar con material humano. Luego al día siguiente tendría lugar la prueba de fuego del mayor de mis inventos.

Estaba tan exaltado que me fue imposible comenzar ninguna tarea nueva en los diez minutos que quedaban de jornada laboral. De modo que hice un poco de trampa —creo que por

primera vez en mi vida— y empecé a guardar el instrumental antes de tiempo, despacio y con cautela, mientras miraba de reojo hacia las paredes de cristal que se alzaban a ambos lados para ver si alguien se fijaba en mí. Tan pronto como la señal del reloj anunció que había terminado la jornada, me apresuré a recorrer los largos pasillos de los laboratorios, a la cabeza de la corriente. Me duché a toda prisa, cambié la ropa de trabajo por el uniforme de paseo, entré a la carrera en el paternóster y, al cabo de unos instantes, estaba arriba, en la calle. Puesto que nos habían asignado la vivienda en mi distrito laboral, disponíamos allí de licencia de superficie terrestre, y yo siempre disfrutaba estirando las piernas al aire libre.

Cuando pasé por la estación de metro, se me ocurrió que bien podría esperar a Linda. Como yo había salido tan pronto, no habría tenido tiempo de llegar a casa desde la fábrica de productos alimenticios donde trabajaba, situada a más de veinte minutos en metro. Acababa de llegar un tren y el río de gente que surgía de la tierra se iba estrechando al pasar por los controles, donde comprobaban las licencias de superficie terrestre y, finalmente, iba filtrándose gota a gota hacia las calles aledañas. Por encima de las azoteas, ahora desiertas, y de las lonas enrolladas de color gris monte y verde prado que, en el transcurso de diez minutos, hacían invisible la ciudad desde el aire, contemplaba yo aquella masa hormigueante de conmilites que volvían a sus hogares con el uniforme de paseo, y pensé de pronto que quizá todos albergasen el mismo sueño que yo: el sueño del camino ascendente.

Aquella idea arraigó en mí. Sabía que antiguamente, en la época civilística, era preciso incitar a la gente a trabajar y a esforzarse con la esperanza de acceder a viviendas más amplias, comida más exquisita y ropa más elegante. En la actualidad, nada de eso era

necesario. La vivienda estándar —una habitación para los solteros, dos para una familia— bastaba más que bien para todos, desde el más insignificante hasta el más meritorio. La comida estatal saciaba tanto al general como al soldado raso. El uniforme común —uno para el trabajo, otro para el tiempo libre y otro para los servicios militares y policiales— era el mismo para todo el mundo, hombres y mujeres, superiores y subordinados, con la única diferencia de la placa de la graduación. Y ni siquiera esta era más vistosa en un caso que en otro. Lo deseable de una graduación más alta radicaba exclusivamente en lo que simbolizaba. Tanta es —me dije feliz— la espiritualidad de todos y cada uno de los conmlites del Estado del Mundo que aquello que más valoran en la vida apenas tiene una forma más concreta que tres filetes negros en la manga, tres filetes negros que valen como garantía de la autoestima y de la estima ajena. De los goces materiales es posible acabar harto y más que harto —precisamente por eso sospecho que las viviendas de doce habitaciones de los antiguos capitalistas civilísticos tampoco eran mucho más que un símbolo—, pero ese objetivo, sutil donde los haya, que se persigue bajo la forma de las graduaciones, no puede saciar a nadie. Nadie puede gozar de tanta estima y autoestima que no quepa desear más. En lo más espiritual, en lo más vaporoso e inalcanzable de cuanto existe, descansa firme, seguro y sempiterno nuestro orden social.

En aquellas reflexiones andaba yo junto a la salida del metro, viendo como en sueños al vigilante que iba y venía a lo largo del muro coronado de alambre de espino que delimitaba el distrito. Cuatro trenes habían llegado, cuatro veces había emergido a la luz del día la muchedumbre, cuando por fin vi a Linda pasar el control. Me acerqué presuroso y continuamos caminando juntos.